

con mucha cortesía. Don Quixote le volvió las saludes con no ménos comedimiento, y apeándose de Rocinante con gentil continente y donayre le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el Roto de la Mala Figura*, como á Don Quixote el de la *Triste*, despues de haberse dexado abrazar, le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de Don Quixote, le estuvo mirando como que queria ver si le conocia, no ménos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de Don Quixote, que Don Quixote lo estaba de verle á él: en resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento fué el Roto, y dixo lo que se dirá adelante.

CAPÍTULO XXIV.

Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.

Dice la historia, que era grandísima la atencion con que Don Quixote escuchaba al astroso Caballero de la *Sierra*, el qual prosiguiendo su plática dixo: por cierto,

señor, quien quiera que seais, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habeis usado, y quisiera yo hallarme en términos, que con mas que la voluntad pudiera servir la que habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas. Los que yo tengo, respondió Don Quixote, son de serviros, tanto que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostrais tener, se podia hallar algun género de remedio, y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible, y quando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á plañirla como mejor pudiera, que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas: y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida mas habeis amado ó amais, que

me digais quien sois, y la causa que os ha traído á vivir y á morir entre estas soledades, como bruto animal, pues morais entre ellos, tan ageno de vos mismo qual lo muestra vuestro trage y persona: y juró, añadió Don Quixote, por la orden de caballeria que recibí, aunque indigno y pecador, y por la profesion de caballero andante, que si en esto, señor, me complacéis, de serviros con las véras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla, como os lo he prometido. El Caballero del *Bosque*, que de tal manera oyó hablar al de la *Triste Figura*, no hacia sino mirarle y remirarle y tornarle á mirar de arriba abaxo, y despues que le hubo bien mirado le dixo: si tienen algo que darme á comer, por amor de Dios que me lo den, que despues de haber comido, yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado. Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurrón, con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le diéron, como persona atontada, tan aprieta que no daba espacio de un bocado al otro, pues ántes los engullia que tragaba, y

en tanto que comia, ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer, les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo que á la vuelta de una peña poco desviada de allí estaba. En llegando á él, se tendió en el suelo encima de la yerba, y los demas hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, despues de haberse acomodado en su asiento, dixo: si gustais, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habeisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa, no interromperéis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagais, en ese se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto truxéron á la memoria á Don Quixote el cuento que le habia contado su escudero, quando no acertó el número de las cabras que habian pasado el río, y se quedó la historia pendiente; pero volviendo al Roto, prosiguió diciendo: esta prevencion que hago, es porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevo, y miéntras ménos me preguntáredes, mas presto acabaré yo de decillas,

puesto que no dexaré por contar cosa alguna que sea de importancia, para satisfacer del todo á vuestro deseo. Don Quixote se lo prometió en nombre de los demás, y él con este seguro comenzó desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores de esta Andalucía, mi linage noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliviar con su riqueza, que para remediar desdichas del Cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivía en esta mesma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme, tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo; pero de mas ventura, y de ménos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debía: á esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitía. Sabían nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello, porque bien veían que quando pasaran adelante, no podían tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro

linage y riquezas: creció la edad, y con ella el amor de entrámbos, que al padre de Luscinda le pareció, que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas, y fué esta negacion añadir llama á llama y deseo á deseo, porque aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las quales con mas libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado, que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intencion mas determinada y la lengua mas atrevida. ¡Ay cielos, y quantos villetes la escribí! ¡quantas regaladas y honestas respuestas tuve! ¡quantas canciones compuse, y quantos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenia sus memorias, y recreaba su voluntad! En efecto, viéndome apurado, y que mi alma se consumía con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que mas convenia para salir con mi deseado y merecido premio, y fué el pedírsela á su padre por legitima espo-

sa, como lo hice: á lo que él me respondió, que me agradecía la voluntad que mostraba de honrarle, y de querer honrarme con prendas suyas; pero que siendome mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda muger para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razon en lo que decia, y que mi padre vendria en ello como yo se lo dixese, y con este intento luego en aquel mismo instante fui á decirle á mi padre lo que deseaba, y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la qual ántes que yo le dixese palabra me la dió, y me dixo: por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el Duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este Duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debeis de saber, es un Grande de España, que tiene su estado en lo mejor desta Andalucía. Tomé, y ley la carta, la qual venia tan encarecida, que á mí mesmo me pareció mal si mi padre dexaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era que me enviase luego donde él estaba, que queria que fuese com-

pañero, no criado de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimacion en que me tenia. Lei la carta, y enmudecí leyéndola, y mas quando oí que mi padre me decia: de aqui á dos dias te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del Duque, y da gracias á Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces: añadió á estas otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, dixele todo lo que pasaba, y lo mesmo hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos dias, y dilatase el darla estado hasta que yo viesse lo que Ricardo me queria: él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine en fin donde el Duque Ricardo estaba, fui dél tan bien recibido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el Duque daba de hacerme merced, habian de ser en perjuicio suyo; pero el que mas se holgó con mi ida fué un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el qual en poco tiempo

quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos, y aunque el mayor me queria bien y me hacia merced, no llegó al extremo con que Don Fernando me queria y trataba. Es pues el caso, que como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comuniqué, y la privanza que yo tenia con Don Fernando dexaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traia con un poco de desasosiego. Quería bien á una labradora vasalla de su padre, y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia se determinaba en qual de éstas cosas tuviese mas excelencia, ni mas se aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora reduxéron á tal término los deseos de Don Fernando, que se determinó para poder alcanzarlo, y conquistar la entereza de la labradora, darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos exemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decir-

le el caso al Duque Ricardo su padre; mas Don Fernando como astuto y discreto, se rezeló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado, en vez de buen criado, no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el Duque venia, y así por divertirme y engañarme, me dixo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenía, que el ausentarse por algunos meses, y que queria que el ausencia fuese, que los dos nos viniésemos en casa de mi padre con ocasion que darian al Duque, que venia á ver y á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad habia, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oí yo decir esto, quando movido de mi aficion, aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las mas acertadas que se podian imaginar, por ver quan buena ocasion y coyuntura se me ofrecia de volver á ver á mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pudiese por obra con la brevedad posible, porque en efeto la ausencia hacia su oficio, á pesar de los mas firmes pensamientos, y

quando él me vino á decir esto, segun despues se supo, habia gozado á la labradorá con titulo de esposo, y esperaba ocasion de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haria quando supiese su disparate. Sucedió pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el qual como tiene por último fin el deleyte, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atras aquello que parecia amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el qual término no le puso á lo que es verdadero amor: quiero decir, que así como Don Fernando gozó á la labradorá, se le aplacaron sus deseos, y se resfriaron sus ahincos, y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, ahora de véras procuraba irse, por no ponerlos en execucion. Dióle el Duque licencia, y mandóme que le acompañase: venimos á mi ciudad, recibióle mi padre como quien era, vi yo luego á Luscinda, tornáron á vivir (aunque no habian estado muertos ni amortiguados) mis descos, de los quales di cuenta por mi mal á Don Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debia

encubrir nada: alabéle la hermosura, donayre y discrecion de Luscinda, de tal manera que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada: cumpliselos yo por mi corta suerte, enseñándosela una noche á la luz de una vela, por una ventana por donde los dos solíamos hablarnos: vióla en sayo tal, que todas las bellezas hasta entónces por él vistas, las puso en olvido: enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, qual lo veréis en el discurso del cuento de mi desventura, y para encenderle mas el deseo, (que á mi me zelaba, y al Cielo á solas descubria) quiso la fortuna, que hallase un día un billete suyo, pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dixo, que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento, que en las demas mugeres del mundo estaban reparadas. Bien es verdad, que quiero confesar ahora, que puesto que yo veia con quantas justas causas Don Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oír aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer⁴⁰, y á rezelarme dél, porque no se pasaba

momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movía la plática, aunque la truxese por los cabellos, cosa que despertaba en mí un no sé que de zelos, no porque yo temiese reves alguno de la bondad y de la fe de Luscinda; pero con todo eso me hacia temer mi suer- te lo mesmo que ella me aseguraba. Procuraba siempre Don Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondia, á título que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Aca- ció pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula.... No hubo bien oido Don Quixote nombrar libro de caballerías, quando dixo: con que me dixera Vuestra Merced al principio de su historia, que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exágeracion para darme á entender la alteza de su entendimiento, por- que no le tuviera tan bueno como vos, se- ñor, le habeis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: así que pa- ra conmigo no es menester gastar mas pa- labras en declararme su hermostura, valor y entendimiento, que con solo haber en-

tendido su aficion, la confimo por la mas hermosa y mas discreta muger del mundo, y quisiera yo, señor, que Vuestra Merced le hubiera enviado junto con Amadis de Gaula al bueno de Don Rugel de Grecia, que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Darayda y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aque- llos admirables versos de sus Bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donayre, discrecion y desenvoltura; pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta, y no dura mas en hacerse la enmienda, de quanto quiera Vuestra Merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea, que allí le podré dar mas de tre- cientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aun- que tengo para mí, que ya no tengo nin- guno, merced á la malicia de malos y en- vidiosos encantadores: y perdóneme Vues- tra Merced el haber contravenido á lo que prometimos, de no interrromper su plática, pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dexar de calentar, ni humedecer en los de la luna: así que, perdon y proseguir, que es lo que aho-

ra hace mas al caso. En tanto que Don Quixote estaba diciendo lo que queda dicho, se le habia caído á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo, y puesto que dos veces le dixo Don Quixote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza, ni respondia palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dixo: no se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y seria un majadero el que lo contrario entendiese, ó creyese, sino que aquel bellacozo del maestro Elisabat estaba amancebado con la Reyna Madasima. Eso no, voto á tal, respondió con mucha cólera Don Quixote (y arrojóle, como tenia de costumbre) y esa es una muy gran malicia, ó bellaquería por mejor decir: la Reyna Madasima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta Princesa se habia de amancebar con un sacapotas, y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco: y yo se lo daré á entender á pie, ó á caballo, armado, ó desarmado, de noche, ó de dia, ó como mas gusto le diere. Estábele mirando Cardenio muy atentamente, al qual

ya habia venido el accidente: ⁴⁴ de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco Don Quixote se la oyera, segun le habia disgustado lo que de Madasima le habia oido. ¡Extraño caso! que así volvió por ella, como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo pues, que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentis y de bellaco con otros denuestós semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á Don Quixote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus pies, y luego se subió sobre él, y le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero que le quiso defender corrió el mesmo peligro, y despues que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dexó y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenia la culpa de no haberles

avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura, que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo habia dicho, y que si él no lo habia oido, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si Don Quixote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos. Decia Sancho, asido con el cabrero: déxeme Vuestra Merced, señor Caballero de la Triste Figura, que en este, que es villano como yo, y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano, como hombre honrado. Así es, dixo Don Quixote, pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y Don Quixote volvió á preguntar al cabrero, si seria posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Dixole el cabrero lo que primero habia dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviere mucho por aquellos contornos, no dexaria de hallarle, ó cuerdo, ó loco.

CAPÍTULO XXV.

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo á la penitencia de Beltenébroz.

Despidióse del cabrero Don Quixote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el qual lo hizo con su jumento ⁴² de muy mala gana. Ibanse poco á poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenia mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dixo: señor Don Quixote, Vuestra Merced me eche su bendicion, y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa, y á mi muger, y á mis hijos, con los quales por lo ménos hablaré y departiré todo lo que quisiere, porque querer Vuestra Merced que vaya con él por estas soledades de dia y de noche, y que no le hable quando me diere gusto, es enterrarme en vida: si ya quisiera la suerte que los animales hablaban, como hablaban en tiempo de Guiso-

peto, fuera ménos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura: que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo. Ya te entiendo, Sancho, respondió Don Quixote, tú mueres, porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado, y di lo que quisieres, con condicion, que no ha de durar este alzamiento mas de en quanto anduviéremos por estas sierras. Sea así, dixo Sancho, hable yo ahora, que despues Dios sabe lo que será, y comenzando á gozar de ese salvo conduto, digo ¿que que le iba á Vuestra Merced en volver tanto por aquella Reyna Magimasa, ó como se llama? ¿ó que hacia al caso que aquel Abad fuese su amigo, ó no? que si Vuestra Merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun mas de seis torniscones. Á fe, Sancho, respondió Don

Quixote, que si tú supieras como yo lo sé, quan honrada y quan principal señora era la Reyna Madasima, yo sé que dixeras que ruve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron: porque es muy gran blasfemia decir, ni pensar, que una Reyna esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabat que el loco dixo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la Reyna; pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo: y porque veas que Cardenio no supo lo que dixo, has de advertir que quando lo dixo, ya estaba sin juicio. Eso digo yo, dixo Sancho, que no habia para que hacer cuenta de las palabras de un loco, porque si la buena suerte no ayudara á Vuestra Merced, y encaminara el guijarro á la cabeza, como le encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda: pues montas, que no se librara Cardenio por loco. Contra cuerdos y contra locos está obligado qualquier caballero andante á volver por la honra de las mugeres qualesquiera que sean, quanto mas por las Reynas de tan alta guisa y pro

como fué la Reyna Madasima, á quien yo tengo particular aficion por sus buenas partes, porque fuera de haber sido hermosa, ademas fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas, y los consejos y compañía del maestro Elisabat le fué y le fuéron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia, y de aquí tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su manceba, y mienten, digo otra vez, y mentirán otras docientas todos los que tal pensaren y dixeren. Ni yo lo digo, ni lo pienso, respondió Sancho, allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fuéron amancebados, ó no, á Dios habran dado la cuenta: de mis viñas vengo, no sé nada, no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente, en su bolsa lo siente: quanto mas, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: mas que lo fuesen ¿que me va á mi? y muchos piensan, que hay tocinos, y no hay estacas: mas quien puede poner puertas al campo? quanto mas que de Dios dixéron. Válame Dios, dixo Don Quixote, y que de necesidades vas, Sancho, ensartando. ¿Que va de lo que tratamos, á los refra-

nes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entremétete en espolear á tu asno, y dexa de hacello en lo que no te importa: y entiende con todos tus ⁴³ cinco sentidos, que todo quanto yo he hecho, hago é hiciere, va muy puesto en razon y muy conforme á las reglas de caballería, que las sé mejor que quantos caballeros las profesaron en el mundo. Señor, respondió Sancho: y es buena regla de caballería, que andemos perdidos por estas montañas, sin senda ni camino, buscando á un loco, el qual despues de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dexó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de Vuestra Merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dixo Don Quixote, porque te hago saber, que no solo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, quanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierta de la tierra: y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero. ¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza.

No, respondió el de la Triste Figura; puesto que de tal manera podía acorrer el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro: pero todo ha de estar en tu diligencia. ¿En mi diligencia? dixo Sancho. Sí, dixo Don Quixote, porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadis de Gaula fué uno de los mas perfectos caballeros andantes. No he dicho bien fué uno: fué el solo, el primero, el único, el señor de todos quantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes para Don Belianis, y para todos aquellos que dixeren que se le igualó en algo, porque se engañan juro cierto. Digo asimesmo, que quando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas únicos pintores que sabe, y esta misma regla corre por todos los mas oficios ó exercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas: y así lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Ho-

mero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio en persona de Enéas el valor de un hijo piadoso, y la sagacidad de un valiente y entendido Capitan, no pintándolos, ni descubriéndolos como ellos fuéron, sino como habian de ser, para dexar exemplo á los venideros hombres de sus virtudes. Desta mesma suerte Amadis fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debaxo de la bandera de amor y de la caballeria militamos. Siendo pues esto así como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que mas le imitare, estará mas cerca de alcanzar la perfeccion de la caballeria: y una de las cosas en que mas este caballero mostró su prudencia, valor, valentia, sufrimiento, firmeza y amor, fué quando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros, nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad habia escogido: así que me es á mí mas fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar exercitos, fracasar arma-

das y deshacer encantamentos: y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos ⁴⁴, no hay para que se dexé pasar la ocasion, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efecto ⁴⁵, dixo Sancho ¿que es lo que Vuestra Merced quiere hacer en este tan remoto lugar? Ya no te he dicho, respondió Don Quixote, que quiero imitar á Amadis, haciendo aqui del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente Don Roldan, quando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella había cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura: y puesto que yo no pienso imitar á Roldan, ó Orlando, ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte en todas las locuras que hizo, dixo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me pareciere ser mas esenciales, y podrá ser que viniése á contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hacer locuras de daño, sino

de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que mas. Paréceme á mí, dixo Sancho, que los caballeros que lo tal hicieron, fuéron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero Vuestra Merced ¿que causa tiene para volverse loco? ¿que dama le ha desdefiado? ¿ó que señales ha hallado, que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro, ó christiano? Ahí está el punto, respondió Don Quixote, y esa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está desatinar sin ocasion, y dar á entender á mi dama, que si en seco hago esto, que hiciera en mojado; quanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso, que como ya oiste decir á aquel pastor de márras Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme: así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que dexé tan rara, tan felice y tan no vista imitacion: loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea: y si fuere tal qual á mi

fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia, y si fuere al contrario, seré loco de véras, y siéndolo no sentiré nada: así que de qualquiera manera que responda, saldré del conflicto y trabajo en que me dexares, gozando el bien que me truxeres, por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares, por loco. Pero dime, Sancho ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que ya vi que le alzaste del suelo, quando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple. Á lo qual respondió Sancho: vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que Vuestra Merced dice, y que por ellas vengo á imaginar, que todo quanto me dice de caballerías, y de alcanzar reynos é imperios, de dar insulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña, ó patraña, ó como lo llamarémos, porque quien oyere decir á Vuestra Merced, que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de quatro dias ¿que ha de pensar, sino que quien tal di-

ce y afirma, debe de tener güero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia que algun dia me vea con mi muger y hijos. Mira, Sancho, por el mesmo que denántes juraste te juro, dixo Don Quixote, que tienes el mas corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo: ¿que es posible, que en quanto ha que andas conmigo, no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos ó destruirnos, y así eso que á ti te parece bacía de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa: y fué rara providencia del sabio que es de mi parte, hacer que parezca bacía á todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiria por quitármele; pero como ven que no es mas

de un bacín de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dexó en el suelo sin llevarle, que á fé que si le conociera, que nunca él le dexara: guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que ántes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como quando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia mas á Roldan que á Amadis. Llegaron en estas pláticas al pie de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban: corria por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban: habia por allí muchos árboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacían el lugar apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y así en viéndole, comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio: este es el lugar, ó Cielos, que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mesmos me habeis puesto: este es el sitio, donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continos ⁴⁶ y profundos suspiros moverán

á la continua las hojas destes montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazón padece. Ó vosotros, quien quiera que seais, rústicos Dioses, que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada, oid las quejas deste desdichado amante, á quien una zelosa ausencia, y unos imaginados zelos, han traído á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura. Ó vosotras Napeas, y Driadas, que tenéis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes, así los ligeros y lascivos Sátiros, de quien sois aunque en vano amadas, no perturben jamas vuestro dulce sosiego, que me ayudeis á lamentar mi desventura, ó á lo ménos no os conseís de oílla. Ó Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura, así el Cielo te la dé buena en quanto acertares á pedirle, que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que á mi se le debe. Ó solitarios árboles, que desde hoy en adelante habeis de hacer compañía á mi soledad, dad indicio con el

blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrada mi presencia. O tú, escudero mio, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos, toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello: y diciendo esto, se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla, y dándole una palmada en las ancas, le dixo: libertad te da el que sin ella queda, ó caballo tan extremado por tus obras, quan desdichado por tu suerte: vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito, que no te igualó en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino que tan caro le costó á Bradamante. Viendo esto Sancho, dixo: bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenlbardar al rucio, que á fe que no faltaran palmadicas que dalle ni cosas que decille en su alabanza: pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no habia para que, que á él no le tocaban las generales de enamorado, ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo quando Dios queria: y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de Vuestra Merced va

de véras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pie, no sé quando llegaré, ni quando volveré, porque en resolucion soy mal caminante. Digo, Sancho, respondió Don Quixote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio, y digo, que de aquí á tres dias te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas. ¿Pues que mas tengo de ver, dixo Sancho, que lo que he visto? Bien estás en el cuento, respondió Don Quixote: ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de admirar. Por amor de Dios, dixo Sancho, que mire Vuestra Merced como se da esas calabazadas, que á tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia: y seria yo de parecer, que ya que á Vuestra Merced le parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase, digo, con dárselas

en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodón, y dexeme á mí el cargo, que yo diré á mi Señora, que Vuestra Merced se las daba en una punta de peña mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió Don Quixote; mas quíerote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago, no son de burlas, sino muy de véras, porque de otra manera seria contravenir á las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hacer una cosa por otra, lo mesmo es que mentir: así que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofisticado, ni del fantástico: y será necesario que me dexes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos. Mas fué perder el asno, respondió Sancho, pues se perdiéron en él las hilas y todo, y ruégole á Vuestra Merced, que no se acuerde mas de aquel maldito brebaje, que en solo oírle mentar, se me revuelve el alma, no que ⁴⁷ el estómago: y mas le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres dias que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que ya las doy por

vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi Señora, y escriba la carta, y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á Vuestra Merced deste purgatorio donde le dexo. ¿Purgatorio le llamas, Sancho? dixo Don Quixote, mejor hicieras de llamarle infierno y aun peor, si hay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondió Sancho, *nulla es retentio*, segun he oido decir. No entiendo que quiere decir *retentio*, dixo Don Quixote. *Retentio* es, respondió Sancho, que quien está en el infierno, nunca sale dél, ni puede, lo qual será al reves en Vuestra Merced, ó á mi me andarán mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante: y póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necesidades y locuras (que todo es uno) que Vuestra Merced ha hecho, y queda haciendo, que la venga á poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque, con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los ayres como brujo, y sacaré á Vuestra Merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la qual,

como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que Vuestra Merced dirá otra cosa. Así es la verdad, dixo el de la Triste Figura: ¿pero que harémos para escribir la carta? Y la libranza pollinesca tambien, añadió Sancho. Todo irá inserto, dixo Don Quixote, y sería bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacian los antiguos, en hojas de árboles, ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria, donde será bien y aun mas que bien escribilla, que es en el librillo de memoria que fué de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer Lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no, qualquiera sacristan te la trasladará: y no se la des á trasladar á ningun escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanas. ¿Pues que se ha de hacer de la firma? dixo Sancho. Nunca las cartas de Amadis se firman, respondió Don Quixote. Está bien, respondió Sancho, pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y esa, si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos.

La libranza irá en el mismo librillo firmada, que en viéndola mi Sobrina, no pondrá dificultad en cumplilla, y en lo que toca á la carta de amores, pondrás por firma: *Vuestro hasta la muerte el Caballero de la Triste Figura*. Y hará poco al caso, que vaya de mano agena, porque, á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir, ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia, ni carta mia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á mas que á un honesto mirar, y aun esto tan de quando en quando, que osaré jurar con verdad, que en doce años que ha que la quiero mas que á la lumbré destes ojos que han de comer la tierra, no la he visto quatro veces, y aun podrá ser que destas quatro veces no hubiese ella échado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo, y su madre Aldonza Nogales la han criado. Ta, ta, dixo Sancho ¿que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Esa es, dixo Don Quixote, y es la que merece ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dixo Sancho, y sé decir que tira tan

bien una barra, como el mas forzado zagal de todo el pueblo: vive el dador, que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo á qualquier caballero andante, ó por andar, que la tuviere por Señora. ¡Ó hi de puta, que rejo que tiene, y que voz! sé decir, que se puso un dia encima del campanario del aldea á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí mas de media legua, así la oyéron, como si estuvieran al pie de la torre, y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana; con todos se burla, y de todo hace mucca y donayre. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe Vuestra Merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sépa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo: y querría ya verme en camino solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres andar siempre al campo al sol y al ayre: y confieso á Vuestra Mer-

ced una verdad, señor Don Quixote, que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente, que la señora Dulcinea debía de ser alguna Princesa de quien Vuestra Merced estaba enamorado, ó alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que Vuestra Merced le ha enviado, así el del Vizcaino como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, segun deben de ser muchas las vitorias que Vuestra Merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero; pero bien considerado; que se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo á la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos que Vuestra Merced envia, y ha de enviar? porque podria ser que al tiempo que ellos llegasen, estuviese ella rastrillando lino, ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese ⁴⁸ y enfadase del presente. Ya te tengo dicho ántes de ahora muchas veces, Sancho, dixo Don Quixote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas para que veas quan necio eres tú, y quan discreto soy yo, quiero que me oygas un breve cuento. Has de saber que

una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilon, rollizo y de buen tomo: alcanzólo á saber su mayor, y un dia dixo á la buena viuda, por via de fraternal reprehension: maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una muger tan principal, tan hermosa y tan rica como Vuestra Merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan baxo y tan idiota, como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados, y tantos teólogos, en quien Vuestra Merced pudiera escoger como entre peras, y decir este quiero, aqueste no quiero; mas ella le respondió con mucho donayre y desenvoltura: Vuestra Merced, señor mio, está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe y mas que Aristóteles: así que, Sancho, por lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta Princesa de la tierra: sí que no todos los poetas que alaban damas debaxo de un nombre que ellos á su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas tú, que las Ama-

riles, las Files, las Silvias, las Dianas, las Galateas ⁴⁹, las Alidas, y otras tales, de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fuéron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? no por cierto, sino que las mas se las fingen por dar subjeto ⁵⁰ á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo, y así bástame á mí pensar y creer, que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linage importa poco, que no han de ir á hacer la informacion dél para darle algun hábito, y yo me hago cuenta que es la mas alta Princesa del mundo, porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar mas que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan: y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre, ni falte nada, y pintola en mi imaginacion como la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Ele-

na, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades pretéritas, griega, bárbara, ó latina: y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no será castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene Vuestra Merced razon, respondió Sancho, y que soy un asno. Mas no sé yo para que nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la sogá en casa del ahorcado, pero venga la carta, y á Dios que me mudo. Sacó el libro de memoria Don Quixote, y apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta, y en acabándola, llamó á Sancho y le dixo, que se la queria leer porque la tomase de memoria, si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. Á lo qual respondió Sancho: escribala Vuestra Merced dos ó tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado: porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas veces se me olvida como me llamo; pero con todo eso dígamela Vuestra Merced ^{se}, que me holgaré mucho de oílla, que debe de ir como de molde. Escucha, que así dice, dixo Don Quixote.

Carta de Don Quixote á Dulcinea del Toboso.

SOBERANA Y ALTA SEÑORA.

El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazon, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento; magüer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que ademas de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relacion, ó bella ingrata, amada enemiga mia, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida, habré satisfecho á tu crueldad y á mi deseo.

Tuyo hasta la muerte

El Caballero de la Triste Figura.

Por vida de mi padre, dixo Sancho, en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamas he oido: pesia á mí, y como que le dice Vuestra Merced ahí todo quan-

to quiere, y que bien que encaxa en la firma: *El Caballero de la Triste Figura*. Digo de verdad, que es Vuestra Merced el mesmo diablo, y que no hay cosa que no sepa. Todo es menester, respondió Don Quixote, para el oficio que yo traygo. Ea pues, dixo Sancho, ponga Vuestra Merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y firmela con mucha claridad porque la conozcan en viéndola. Que me place, dixo Don Quixote, y habiéndola escrito, se la leyó, que decia así:

Mandaré Vuestra Merced por esta primera de pollinos, señora Sobrina, dar á Sancho Panza mi escudero tres de los cinco que dexé en casa, y están á cargo de Vuestra Merced: los quales tres pollinos se los mando librar y pagar por otros tantos aquí recibidos de contado, que con esta, y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena á veinte y dos ^{da} de Agosto deste presente año.

Buena está, dixo Sancho, firmela Vuestra Merced. No es menester firmarla, dixo Don Quixote, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mesmo que firma, y para tres asnos, y aun para trecientos fuera bastante. Yo me confio de Vuestra

Merced, respondió Sancho: déxeme, iré á ensillar á Rocinante, y aparéjese Vuestra Merced á echarme su bendicion, que luego pienso partirme sin ver las sandeces que Vuestra Merced ha de hacer, que yo diré que le vi hacer tantas, que no quiera mas. Por lo ménos quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero, digo, que me veas en cueros, y hacer una, ó dos docenas de locuras, que las haré en ménos de media hora, porque habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo en las demas que quisieres añadir, y asegúrote, que no dirás tú tantas, quantas yo pienso hacer. Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros á Vuestra Merced, que me dará mucha lástima, y no podré dexar de llorar, y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros: y si es que Vuestra Merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren mas á cuento, quanto mas, que para mí no era menester nada deso, y como ya tengo dicho, fuera aborraz el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que Vuestra Merced desea y merece: y si no, aparéjese la señora Dulcinea, que si

no responde como es razon, voto hago solene á quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago á coces, y á bofetones: porque ¿donde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como Vuestra Merced se vuelva loco, sin que ni para que por una?... no me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotrique y lo eche todo á doce, aunque nunca se venda: bonico soy yo para eso, mal me conoce, pues á fe que si me conociese, que me ayunase. Á fe Sancho, dixo Don Quixote, que á lo que parece, que no estás tú mas cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy mas colérico; pero dexando esto aparte ¿que es lo que ha de comer Vuestra Merced en tanto que yo vuelvo? ¿ha de salir al camino como Cardenio á quitárselo á los pastores? No te dé pena ese cuidado, respondió Don Quixote, porque aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren, que la fineza de mi negocio está en no comer, y en hacer otras asperezas. Á esto dixo Sancho: ¿sabé Vuestra Merced que temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dexo, segun está escondido. Toma

bien las señas, que yo procuraré no apartarme destes contornos, dixo Don Quixote, y aun tendré cuidado de subirme por estos mas altos riscos, por ver si te descubro quando vuelvas, quanto mas, que lo mas acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aqui hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso, las cuales te servirán de mojonos y señales para que me halles quando vuelvas, á imitacion del hilo del laberinto de Perseo. Así lo haré, respondió Sancho Panza, y cortando algunas, pidió la bendicion á su señor, y no sin muchas lágrimas de entrámbos se despidió dél: y subiendo sobre Rocinante, á quien Don Quixote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama como su amo se lo habia aconsejado: y así se fué, aunque todavia le importunaba Don Quixote, que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos, quando volvió, y dixo: digo, señor, que Vuestra Merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia, que le he visto hacer locuras,

será bien que vea siquiera una , aunque bien grande la he visto en la quedada de Vuestra Merced. ¿No te lo decia yo? dixo Don Quixote, espérate, Sancho, que en un credo las haré : y desnudándose con toda priesa los calzones , quedó en carnes y en pañales , y luego sin mas ni mas , dió dos zapatetas en el ayre , y dos tumbas la cabeza abaxo , y los pies en alto , descubriendo cosas que por no verlas otra vez , volvió Sancho la rienda á Rocinante , y se dió por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco : y así le dexarémos ir su camino hasta la vuelta , que fué breve.

CAPÍTULO XXVI.

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo Don Quixote en Sierra Morena.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste figura despues que se vió solo , dice la historia , que así como Don Quixote acabó de dar las tumbas , ó vueltas de medio abaxo desnudo , y de medio arriba vestido , y que vió que Sancho se habia ido sin querer aguardar á ver mas sandeces , se subió sobre una punta de una



Tadros, y Ant. Carruso.

C. J. P. de Aguiar.

alta peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces habia pensado, sin haberse jamas resuelto en ello, y era, que qual sería mejor, y le estaria mas á cuento, imitar á Roldan en las locuras desafortadas que hizo, ó á Amadis en las malencónicas⁵³, y hablando entre sí mesmo decia: si Roldan fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, que maravilla, pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie, sino era metiéndole un alfiler de á blanca por la punta del pie, y él traia siempre los zapatos con siete suelas de hierro: aunque no le valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendió y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles; pero dexando en él lo de la valentía á una parte, vengamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en la fuente⁵⁴, y por las nuevas que le dió el pastor, de que Angélica habia dormido mas de dos siestas con Medoro un morillo de cabellos enrizados, y page de Agramante: y si él entendió que esto era verdad, y que su dama le habia cometido desaguizado, no hizo mucho en volverse loco; pero yo ¿como puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasion dellas? por-

que mi Dulcinea del Toboso, osaré yo jurar que no ha visto en todos los dias de su vida moro alguno, así como él es, en su mismo traje, y que se está hoy como la madre que la parió: y hariale agravio manifesto, si imaginando otra cosa della, me volviese loco de aquel género de locura de Roldan el furioso: por otra parte veo, que Amadis de Gaula, sin perder el juicio, y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como él que mas, porque lo que hizo, segun su historia, no fué mas de que por verse desdeñado de su señora Oriana, que le habia mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad: de que se retiró á la Peña Pobre en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar, hasta que el Cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad: y si esto es verdad, como lo es ¿para que quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para que enturbiar el agua clara destes arroyos, los quales me han de dar de beber quando tenga gana? Viva la memoria de Amadis, y sea imitado de Don Quixote de la Mancha en todo lo que pudiere: del qual se dirá

lo que del otro se dixo, que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas: y si yo no soy desechado, ni desdeñado de mi Dulcinea, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos á la obra, venid á mi memoria cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de comenzar á imitaros: mas ya sé que lo mas que él hizo fué rezar, y así lo haré yo: y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez, y lo que le fatigaba mucho, era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase, y con quien consolarse, y así se entretenia paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles, y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea; mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiesen leer, despues que á él allí le halláron, no fuéron mas que estos que aqui se siguen:

*Árboles, yerbas y plantas,
que en aqueste sitio estais
tan altos, verdes y tantas,
si de mi mal no os holgais,
escuchad mis quejas santas.*

*Mi dolor no os alborote,
aunque mas terrible sea;
pues por pagaros escote,
aquí lloró Don Quixote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.*

*Es aquí el lugar adonde
el amador mas leal
de su señora se esconde,
y ha venido á tanto mal,
sin saber como, ó por donde.*

*Tráele amor al estricote,
que es de muy mala ralea:
y así hasta henchir un pipote,
aquí lloró Don Quixote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.*

*Buscando las aventuras
por entre las duras peñas,
maldiciendo entrañas duras,
que entre riscos y entre breñas
halla el triste desventuras.*

*Hirióle amor con su azote,
no con su blanda correa,
y en tocándole el cogote,
aquí lloró Don Quixote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.*

No causó poca risa en los que halláron

los versos referidos, el añadidura del *Toboso* al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar Don Quixote, que si en nombrando á Dulcinea no decia tambien el *Toboso*, no se podría entender la copla: y así fué la verdad como el despues confesó. Otros muchos escribió, pero como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio, ni enteros mas destas tres coplas. En esto, y en suspirar y en llamar á los Faunos y Silvanos de aquellos bosques, á las Ninfas de los rios, á la dolorosa y húmida Eco, que le respondiesen, consolasen y escuchasen, se entretenia, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvía: que si como tardó tres dias, tardara tres semanas, el Caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado, que no lo conociera la madre que lo parió: y será bien dexalle envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería: y fué, que en saliendo al camino real, se puso en busca del del ⁵⁵ Toboso, y otro dia llegó á la venta donde le había sucedido la desgracia de la manta, y no la hubo bien visto, quando le pareció que otra vez andaba en los ayres, y no quiso entrar dentro, aun-

que llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer, por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente, que habia grandes días que todo era fiambre. Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta todavía dudoso si entraria, ó no, y estando en esto salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dixo el uno al otro: dígame, señor Licenciado: ¿aquel del caballo no es Sancho Panza, el que dixo el Ama de nuestro aventurero, que habia salido con su señor por escudero? Si es, dixo el Licenciado, y aquel es el caballo de nuestro Don Quixote: y conocieronle tan bien, como aquellos que eran el Cura y el Barbero de su mismo Lugar, y los que hicieron el escrutinio y acto ⁵⁶ general de los libros: los cuales así como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de Don Quixote, se fueron á él, y el Cura le llamó por su nombre, diciéndole: amigo Sancho Panza: ¿adonde queda vuestro amo? Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte donde y como su amo quedaba: y así les respondió, que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la qual él no podia

descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dixo el Barbero, Sancho Panza, si vos no nos decis donde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habeis muerto y robado, pues venis encima de su caballo, en verdad que nos habeis de dar el dueño del rocin, ó sobre eso morena. No hay para que conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie, á cada uno mate su ventura, ó Dios que le hizo: mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña muy á su sabor: y luego de corrida y sin parar les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habian sucedido, y como llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los higados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba, y aunque ya sabian la locura de Don Quixote, y el género della, siempre que la oian se admiraban de nuevo: pidieronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. Él dixo que iba escrita en un libro de memoria, y que era orden de su señor, que la hiciese trasladar en papel en el primer Lugar que lle-

gase, á lo qual dixo el Cura que se la mostrase, que él la trasladaria de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza, buscando el librillo; pero no le halló, ni le podia hallar, si le buscara hasta ahora, porque se habia quedado Don Quixote con él, y no se le habia dado, ni á él se le acordó de pedirsele. Quando Sancho vió que no hallaba el libro, fuésele parando mortal el rostro, y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin mas ni mas se echó entrámbos puños á las barbas, y se arrancó la mitad dellas, y luego apriesa y sin cesar se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo qual por el Cura y el Barbero, le dixéron que, que le habia sucedido, que tan mal se paraba. Que me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber perdido de una mano á otra en un estante ⁵⁷ tres pollinos, que cada uno era como un castillo. ¿ Como es eso? replicó el Barbero. He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor, por la qual mandaba que su Sobrina me diese tres pollinos de quatro, ó

cinco que estaban en casa, y con esto les contó la pérdida del rucio. Consolóle el Cura, y dixole, que en hallando á su señor, él le haria revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacian en libros de memoria, jamas se acetaban ni cumplian. Con esto se consoló Sancho, y dixo, que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabia casi de memoria, de la qual se podria trasladar, donde y quando quisiesen. Decidla Sancho pues, dixo el Barbero, que despues la trasladarémos. Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pie, y ya sobre otro: unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roído la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dixese, dixo al cabo de grandísimo rato: por Dios, señor Licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decia: *Alta y sobajada señora!* No dirá, dixo el Barbero, sobajada, sino sobrehumana, ó soberana señora. Así es, dixo Sancho: luego, si mal no me acuerdo,

proseguia, si mal no me acuerdo, el llagado y salto de sueño, y el ferido besa á *Vuestra Merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa*: y no sé que decia de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aquí iba escurriendo, hasta que acababa en: *Vuestro hasta la muerte el Caballero de la Triste Figura*. No poco gustáron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsele mucho, y le pidieron que dixese la carta otras dos veces, para que ellos ansimesmo la tomasen de memoria, para trasladalla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates: tras esto contó asimesmo las cosas de su amo, pero no habló palabra acerca del manteamiento que le habia sucedido en aquella venta, en la qual rehusaba entrar: dixo tambien, como su señor, en trayendo que le truxese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner en camino á procurar como ser Emperador, ó por lo ménos Monarca, que así lo tenían concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo, segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo: y que en siéndolo, le habia de casar á él, porque ya seria viudo,

que no podia ser ménos, y le habia de dar por muger á una doncella de la Emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin insulos, ni insulas, que ya no las queria. Decia esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de quando en quando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiráron de nuevo, considerando quan vehemente habia sido la locura de Don Quixote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles, que pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dexarle en él, y á ellos les seria de mas gusto oir sus necesidades: y así le dixéron, que rogase á Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser Emperador, como él decia, ó por lo ménos Arzobispo, ó otra dignidad equivalente. Á lo qual respondió Sancho: señores, si la fortuna rodease las cosas de manera, que á mi amo le viniese en voluntad de no ser Emperador, sino de ser Arzobispo, querria yo saber ahora, que suelen dar los Arzobispos andantes á sus escuderos. Suelenles dar, respondió el Cura, algun beneficio simple ó curado, ó

alguna sacristanía que les vale mucho de renta rentada, amén del pie de altar que se suele estimar en otro tanto. Para eso será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á misa por lo ménos, y si esto es así, desdichado de yo que soy casado, y no sé la primera letra del A. B. C. ¿que será de mí, si á mi amo le da antojo de ser Arzobispo, y no Emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes? No tengais pena, Sancho amigo, dixo el Barbero, que aquí rogarémos á vuestro amo, y se lo aconsejarémos, y aun se lo pondrémos en caso de conciencia, que sea Emperador y no Arzobispo, porque le será mas fácil, á causa de que él es mas valiente que estudiante. Asi me ha parecido á mí, respondió Sancho, aunque sé decir, que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte es, rogarle á nuestro Señor, que le eche á aquellas partes donde él mas se sirva, y adonde á mí mas mercedes me haga. Vos lo decís como discreto, dixo el Cura, y lo haréis como buen christiano; mas lo que ahora se ha de hacer, es dar órden como sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decís que queda hacien-

do: y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta. Sancho dixo que entrasen ellos, que él esperaría allí fuera, y que despues les diría la causa por que no entraba ni le convenia entrar en ella; mas que les rogaba, que le sacasen allí algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dexaron, y de allí á poco el Barbero le sacó de comer. Despues habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, vino el Cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quixote, y para lo que ellos querian, y fué, que dixo al Barbero, que lo que habia pensado era, que él se vestiría en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese, como escudero, y que así irian adonde Don Quixote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa, y le pediría un don, el qual él no podria dexársele de otorgar como valeroso caballero andante, y que el don que le pensaba pedir, era que se viniese con ella, donde ella le llevase, á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenia fecho, y que

le suplicaba ansimesmo, que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su hacienda, fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero, y que creyese sin duda, que Don Quixote vendria en todo quanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarian de allí, y le llevarian á su Lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su extraña locura.

CAPÍTULO XXVII.

De como salieron con su intencion el Cura y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

No le pareció mal al Barbero la invencion del Cura, sino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dexándole en prendas una sotana nueva del Cura. El Barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roxa de buey, donde el ventero tenia colgado el peyne. Preguntóles la ventera, que para que le pedian aquellas cosas. El Cura le contó en breves razones la locura de Don Quixote, y como convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña

donde á la sazón estaba. Cayéron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped el del bálsamo, y el amo del manteado escudero, y contáron al Cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolución, la ventera vistió al Cura de modo que no habia mas que ver: púsole una saya de paño llena de faxas de terciopelo negro, de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del Rey Wamba. No consintió el Cura que le tocasen, sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado, que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz, con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro: encasquetóse su sombrero, que era tan grande que le podia servir de quitasol, y cubriéndose su herreruelo, subió en su mula á mugeriégas, y el Barbero en la suya, con su barba que le llegaba á la cintura entre roxa y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la